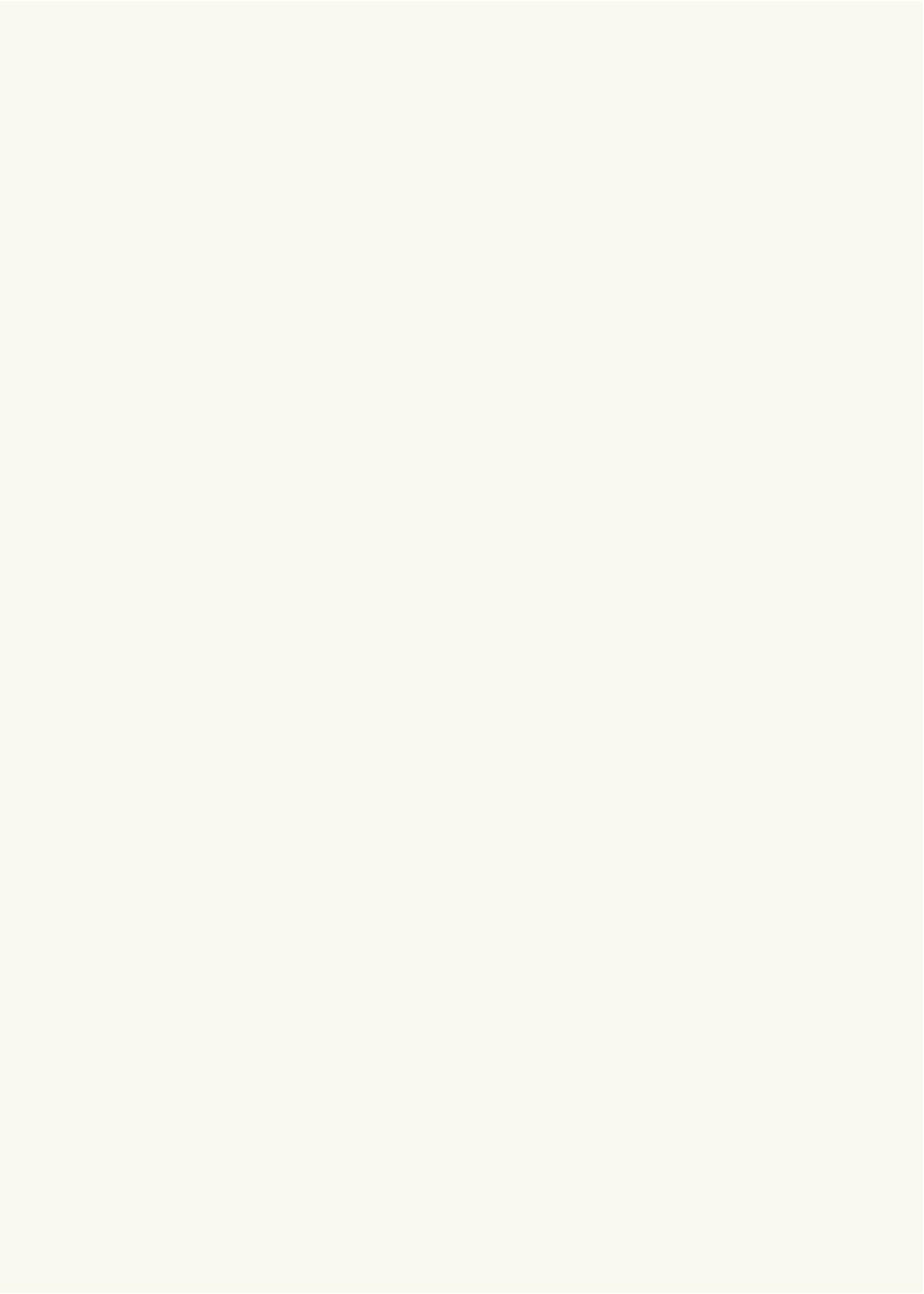
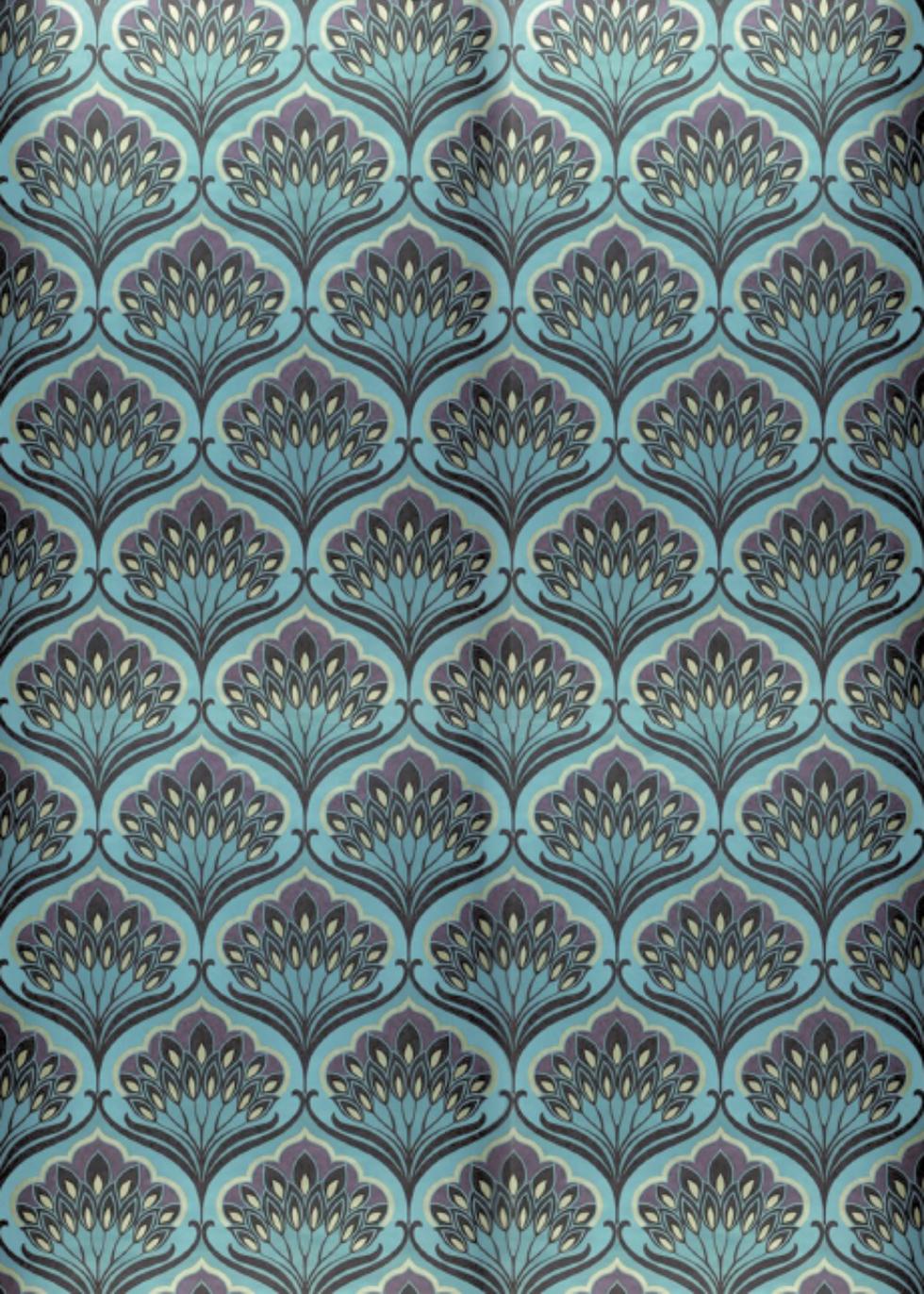


DEJAME QUE TE CUENTE



DEJAME QUE TE CUENTE

Raúl Bustos



*«Hoy adivino qué me pasa, sí
por qué mi nombre no soy yo
por qué no tengo una casa
por qué estoy solo
y no soy»*

«Porque hoy nació» (Manal)

Mi problema con la muerte es su falta de criterio. También su inconstancia. Un día juega para nosotros, al siguiente en contra. A contramano. Otro trago de la petaca. El alcohol envenena el veneno. A contramano. Siempre que se escapa es a contramano. Doblo por San Juan. A contramano, me enseñó Tito. Hay que hacerlo a contramano, porque entonces vos podés ver a los coches antes de que ellos te vean a vos, Pepo. Y ahí rajás, Raúl. Rajo. Corro, hacia el este. ¡Cuidado! Auto. Freno. Viene con las luces altas. No lo veo bien. Me escondo en un zaguán. No. Taxi. Un taxi, al fin. Corro. Me planto en mitad de calle, los brazos abiertos como un Cristo. Frena. Abro la puerta.

— Sacame de acá.

Estaba en mi pieza, echado boca arriba, con las manos entrelazadas en el plexo solar. Miraba el techo. Las manchas de humedad habían crecido desde la noche anterior.

Entonces escuché un ruido en el pasillo. Instintivamente, apagué el velador. Capaz no era nada, algún vecino llegando a deshoras. Por las dudas, agarré la Browning nueve milímetros que reposaba en la mesita de luz. Todos mis gestos eran mecánicos. Respondían a un ensayo previo.

Una vez le dije a mi vieja: va a llegar un día en el que no vamos a ser dueños del umbral de nuestras casas. Sin querer, fue una profecía: la luz que entraba por el vano de mi puerta se oscureció.

Había alguien del otro lado.

Me esforcé por permanecer sereno. Me había imaginado muchas veces esta escena. Había tenido la esperanza de que siempre fuera sólo eso. Mi imaginación. Abrí la ventana y miré el vacío. Pasé una pierna justo en el momento en que la puerta cedía de una patada.

Entre el dentellar de las ametralladoras, alcancé a escuchar que uno de los cuatro reía. No me gustó esa risa. No parecía alegre. Era una risa mala, así como hay carne podrida que no se parece en nada a la carne fresca.

Me tiré a la calle. Caí y corrí. A contramano.



A contramano. Y sin campera ni... Uh, los documentos. No sé quién sos, Raúl. Pepo. Me puse Pepo porque así se llamaba el caballo del viejo Mendoza, ahí de Villa Banana. Era un caballo. Éramos caballos. Y estábamos tan cerca. Después, chau.

En un altillo perdido en Microcentro, armábamos bombas molotovs. Todo el asunto formaba parte de un rito complejo y bien organizado, que podía parecer absurdo, como le parece que es todo rito a aquel que no lo comprende.

Primero, nos metíamos de noche a robar botellas de aceite de las fábricas de Zona Sur. Después, con ese aceite llenábamos bidones de cinco litros cada uno. Lo vendíamos en restoranes. Con esa plata, comprábamos nafta, que usábamos para llenar las botellas que habías vaciado. Un poco

de tela y masilla, y listo. Teníamos preparada una dotación de bombas caseras, para cuando hicieran falta. Y la hacía.

Desde la ventana subían los ruidos de la ciudad. Eran los de siempre. Bocinazos, taconeos, fragmentos de charlas.

—Estamos en guerra y la gente no lo sabe— dijo el Negro.

Yo no le contesté. No quería discutir. Me gustaba el olor a nafta. Me gustaba hacer algo con mis manos siempre quietas.

—Hace meses que no hacemos más copas de leche. No fuimos más a la villa a alfabetizar. Eso es un déficit, y lo tenemos que discutir— siguió el Negro.

—Acá no estamos para discutir— lo corté. —No seas boludo y seguí.

—Pero Pepo— el Negro alzó la voz. —¿Qué estamos haciendo? Vos podrías, no sé, volver a la Municipalidad y desde tu laburo armar...

Respiré hondo. Quise ser paciente.

—Ah, la Municipalidad. Es un gremio que no produce nada, ¿para qué mierda voy a estar ahí?

—Y no sé, vos podrías...

Me cansó. El Negro siempre me cansaba. Por eso le grité que cierre la boca y que siga armando las bombas.

—Se puede saber por qué no se callan, mocosos boludos— se escuchó decir a alguien en la escalera.

— ¿Quieren que se enteren todos los vecinos?

El padre del Negro tenía razón. O no. No importaba. Después de todo, era su casa.



Vivir para el otro. Vivir a través de otro. ¿Para qué viví? Para mí, Pepo. Vive, la ciudad. Late. Sola. Solo, soy. Pepo. A contramano. El taxi me lleva. Le dije sacame. Afuera. Calle San Juan. Hacia el oeste, Raúl. San Juan y Avellaneda. Me hundo en el asiento y veo las terrazas vacías. Las ventanas cerradas. El tachero me examina por el retrovisor. ¿Por qué tan alterado?, dice. No respondo. No podría. A toda velocidad pasan las calles. Reconozco un edificio. Ey, este es mi barrio. Cómo explicarle. Ay, mi pierna. Ahora la noto. Debe haber sido durante la caída. Vos me podés contar lo que te esté pasando que yo te puedo ayudar, dice el tachero. Desconfío. ¡Cuidado! Desacelera el coche y gira su cuerpo. Me mira. Ojos. Un brillo ausente. El del que vio lo que no tenía que mirar. ¿O son míos esos ojos? Soy detective. De la Policía Federal, dice. Como si me hubiera dado un garrotazo. ¿Me está tomando el pelo? Me quedo duro. Dudo. Dura un segundo. Abro la puerta y me tiro. Mi pierna. Escapo. Corro al oeste. A contramano.

Raúl baúl cancún bambú guazú pacú jidú.

Nos gustaba jugar con los nombres.

Oscar rascar mojar cascar costear tomar cuidar.

—Te estoy cuidando el cuero— le dije.

Destrozaba la mochila cuidadosamente. Parecía un paisano desmembrando a un ternero ante los ojos del nene que lo alimentó.

—Qué campamento de la UES, ni campamento de la UES— le dije. —Vos la tenés que cuidar a ella. Señaló a su hermana, que permanecía en silencio.

Graciela chavela cañera bañera se hiela contrera jardinera.

Oscarcito también estaba mudo. Lo único que hablaban eran sus ojos. Brillaban de odio.

—Vos no sabés nada, así que te quedás acá en casa. Los dos se quedan en casa y se terminó. No saben nada.

No sabían. A ella, una vez también le dije.

Fue una vez en el bar que estaba en Lagos y 27. Era la esquina esa, en la que los viejos de la Resistencia armaron una barricada contra la Fusiladora. Ahí veinte años después estaba mi hermana Graciela, en el bar.

Eran un grupo de chicos, tomando una cosa sana. Chicos y chicas. Se divertían. No sabían.

Yo pasaba justo por casualidad y la vi ahí, y me enceguecí. La levanté del brazo. Le dije:

—Vamos a casa.

Nada más. La agarré del brazo en medio de todos sus amigos, y le dije:

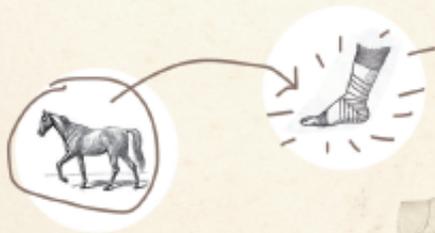
—Vamos a casa.

Y me la llevé a la casa.

¿Qué es lo que te pasa? Irme. Desaparecer. ¿Alguna vez alguien se va a olvidar de mí? Hasta que mi nombre se confunda. Y se pierda. Raúl. No quiero perderme. Pepo. ¿Pero dónde aparece un desaparecido? La Iglesia San Antonio. Mi escuela. Las cuatro plazas. Acá. Estoy. Desviviéndome. Desdividiéndome. Uno soy, otro. Lo que cuento y lo que cuenta. Cada muerte es una vida nueva. ¿Es? Duele. Me duele, Raúl. La pierna, Pepo.

Eran los preparativos del carnaval de Villa Banana. En aquel terreno baldío, lo que abundaban eran los yuyos y los nenes. Señoras morenas y gordas, sonriendo sin dientes, amasaban tortas fritas sobre unos tablones. Con la espalda echada en una zanja seca, un melenudo tocaba temas de Vox Dei y Pastoral.

En la calle, el viejo Mendoza, vestido de gaucho, ayudaba a los chicos a montar sus caballos. Los



hacía dar una vuelta por el baldío, y que pase el siguiente de la fila. Estuvieron así un buen rato, hasta que alguien trajo una pulpito, y los nenes se pusieron a jugar a la pelota, ignorando al viejo y sus animales.

Mendoza entonces nos chifló a los jóvenes de la Orga, que estábamos prendiendo el fuego para la leche y las tortas fritas.

—Eh, ustedes. No se hagan los grandes.

Nadie dijo que sí. Mendoza insistió. Y yo, que sólo había montado un pony en unas vacaciones en las sierras, me adelanté y de un salto me subí a uno de los caballos, un alazán enorme.

Pero Pepo, el caballo, se paró en dos patas. Y yo, Raúl, que a partir de entonces me llamaría Pepo, me caí, torciéndome la pierna. Justo cuando llegaban los de la comparsa, con la Lauchi a la cabeza. Mala cosa, no iba a poder bailar esa noche.

El ritmo, Raúl, sentilo. La ciudad late, Pepo. Vive. Duerme. El Enemigo vigila. Pero yo, oculto. La desesperación a veces se pone a esperar. Me calmo. Nunca tuve más que paciencia. Ni talento ni suerte. Paciencia. Todos los caminos de gloria llevan a la tumba. Hasta el callejón más solitario. Como este donde me arrastro. Tengo que llegar. Fisherton. Si mal no me acuerdo, Raúl, llego a Córdoba, y por ahí, dos cuadras, hay una estación de servicio donde paran camiones. Por acá, Pepo. Afuera. Afuera de la ciudad. Agarrar un camión. Irse. Me duele. Acá. Es increíble que un cuerpo tan escuálido como el mío produzca un dolor tan fuerte.

Esa misma noche, la del carnaval, vimos galopar a los caballos de Mendoza. Era en el baldío. Había quedado lleno de papelitos y cenizas. No había nadie más.

Sólo la Lauchi y yo, apretando.

La luz venía de los faroles de la avenida. O sea que no había luz directa. Venía de costado, y en un momento en que dejamos de besarnos, los vi.

Eran los caballos de Mendoza.

—¿Los ves?

—Sí, Raúl, los veo.

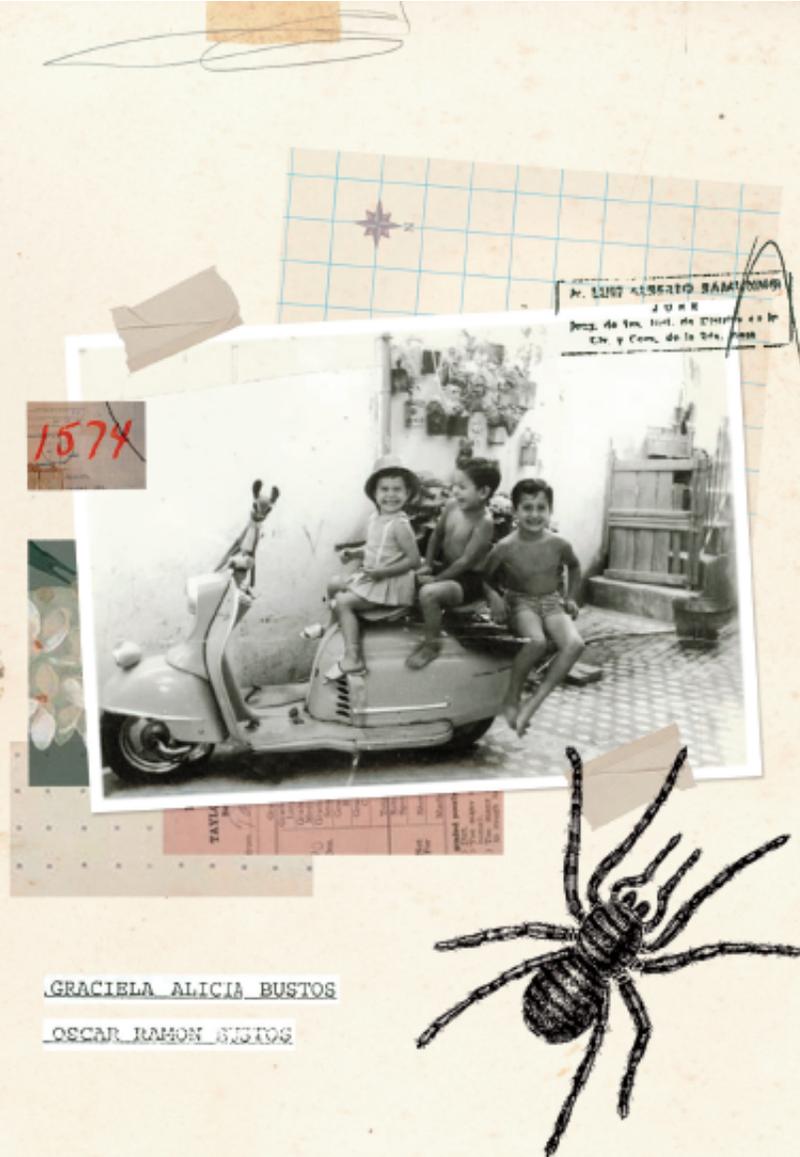
La Lauchi siempre imaginaba que porque yo trabajaba en la Biblioteca Argentina, era alguien dado a la poesía. Por eso, cuando le volví a preguntar si los veía, me dijo dramáticamente:

—Sí. Los veo. Pero hace falta decirlo. Somos esclavos de nuestras palabras— dijo, y la frase hecha se rehizo en su boca

Pero, ¿y ese? Es el Negro. ¿Qué hace acá? Claro, debe estar con el taxi. ¿O en algún operativo? Negro atorrante. Nos miramos, Raúl. Nos reconocemos, Pepo. Avanzo. Mi pierna. No, no podés saludarme, Negro. No puedo yo. No te acerqués. Por favor. Sí. Eso. No me viste. No me hagas señas, no me preguntes. Me estoy yendo, Negro. Me voy. Negro. Si vos supieras. Yo sé. Raúl. Negro, no me vas a cantar, no me vas a cantar. Por favor te lo pido. Ojo, ojo, no me viste. Negro.

—Bueno, basta. A dormir— dijo Victoria.
Los tres quisimos protestar, pero el tono de mi vieja no era de los que daban derecho a réplica.

—Que Dios te bendiga y te proteja— nos susurró a cada uno, mientras nos hacía la señal de la cruz. Antes de irse y apagar las luces, nos tiró un último beso.



Victoria Pelliza

Al poco rato, mis hermanos dormían. Yo no. Miraba el techo. Las manchas de humedad seguían creciendo. Entonces la sentí. Una araña, trepándose desde la boca del estómago. Intenté espantar al bicho. Pero no pude. Iba por adentro. Peludo y de muchas patas.

Cerré los ojos con fuerza. La araña seguía trepando. Cerré los puños y los apreté contra mis párpados. Pensaba en mi muerte. No la abarcaba. Empecé a temblar.

De repente, escuché un quejido. Graciela, en sueños, se quejaba del frío. La araña se detuvo. Algo resplandeció, adentro. Me levanté y le eché otra cobija encima a mi hermana. Fue lindo. Olvidarme de ese bicho peludo y de muchas patas que iba por adentro.

La ciudad quiso devorarme con su luz, Graciela. La noche me libera. Abriéndose como una flor podrida, me regala su manto, sus nervios y sus filias. Cientos de posibilidades aupándose en cada trago. Le convidó al camionero. Acepta. Vas a ver que es lindo Campana, dice. En la radio suena Moris. Escucho. Primera vez que estoy solo. Solo, Raúl. Escuchá. No digo nada. Hay algo vivo. Allá afuera. Más allá de las luces, más allá del sueño. Hay una llave. Diganmé, a casa. Llevenmé. Mi problema con la muerte es su mal gusto. Maquillaje para ocultarla. Plañideras llorando en mi tumba. No necesito nada de eso. Escribanmé. Moverse, moverse. Les contestaré. Nazco. El horizonte. Allá. A contramano, siempre. Esta vez no.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Marcos Mizzi

Comité editorial

Daniel Fernández Lamothe y Pablo Bilsky

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria

